

BARRIOS Y RELIGIOSIDAD POPULAR EN LA CIUDAD DE IQUIQUE.¹

* Sociólogo. Universidad Arturo Prat. Correo electrónico: bernardo.guerrero@unap.cl.

Bernardo Guerrero Jiménez*

Por mucho tiempo se ha concebido a Iquique como una ciudad articulada en torno a barrios populares. Sobre estas estructuras intermedias -siguiendo la conceptualización de Peter Berger- se han edificados clubes deportivos, juntas de vecinos, bailes religiosos, cultos evangélicos, entre otros. Sin embargo, en estos últimos treinta años, la realidad del barrio ha ido cambiando en el sentido que ha perdido su eficacia. En este ambiente, sin embargo, la religiosidad popular, tanto en su vertiente católica como pentecostal, han logrado subsistir y aún crecer. En este artículo nos preguntamos acerca del porqué de ésto. Las respuestas que ensayamos tienen que ver con el desplazamiento de lealtades desde los clubes deportivos, por ejemplo, a las organizaciones religiosas.

Palabras claves: Urbanismo - Religiosidad Popular.

For a long time Iquique has been conceived of as a city that emerged out working-class neighborhoods. Around these intermediate structures (structure mediating between society and the individual), according to Peter Berger's conceptualization, sports clubs, neighborhood organizations, religious dance, evangelical cults have developed and evolved. However, in the past thirty years, this concept of neighborhood has gradually changed, losing its original essence. Within this new setting popular religiosity from both a Catholic and a Pentecostal background has expanded and survived. In this article, we wonder about the reason for this phenomenon to occur. The answers we attempt to provide have to do with the shifting of loyalty from the sports clubs onto, for example, the religious organizations.

Key words: Urbanism - Popular religiosity.

INTRODUCCIÓN

La intención del presente artículo es reflexionar en torno a las relaciones entre la religiosidad popular y el barrio. Partimos de la constatación que ambas realidades son interdependientes en su funcionamiento y se precisan mutuamente.

Esta afirmación, sin embargo, puede cuestionarse en la medida que observamos como en la ciudad de Iquique, en el norte de Chile, la realidad del barrio parece ser distinta a la observada en la década de los 60. Esto quiere decir que la estructura cultural urbana se basó fuertemente en esta institución. Hoy, creemos, ya no es así. Los clubes deportivos, juntas de vecinos, centros juveniles, ya no gozan del prestigio y de la credibilidad que antes tuvieron.

Sin embargo, la presencia de los bailes religiosos sigue sosteniéndose en la estructura barrial, lo que nos llevaría a pensar que sigue cumpliendo una función, esto es: dar sentido a la vida de sus habitantes. Para efectos de este artículo, tratamos el barrio en la terminología de Berger y Luckmann, (1997) en tanto estructura intermedia que vinculan al sujeto con la sociedad y son vistas como depositarias de sentido. Analizamos finalmente la relación de un barrio popular, Cavanca, con su baile religioso.

IQUIQUE, CIUDAD DE BARRIOS

Hemos afirmado en más de una ocasión que Iquique es una ciudad de barrio. La historia de ellos, de los más antiguos y tradicionales ha sido relatada en otra publicación (Guerrero; 1996). Pero, lo que quisiera resaltar en esta oportunidad es concebir al barrio popular como una estructura intermedia, en proceso de transformación. El barrio, es una estructura comunitaria de pertenencia y lealtades. En él, los temas del conflicto no están ausentes, por lo que es erróneo pensarlo como una suerte de paraíso. Lo medular, es que los conflictos son solucionados con arreglo a la tradición. Tampoco hay que pensar que en él, no existían las diferencias de clases, por ejemplo. Berger y Neuhaus definen el barrio como aquello que:

“garantiza una existencia apacible y segura, que nos protege contra la turbulencia y las amenazas del mundo que subsiste más allá de sus límites. En torno a la idea del vecindario gravitan cálidos sentimientos de nostalgia y el anhelo de vivir en comunidad. Puede no ser el lugar donde nos hallemos totalmente en casa, pero

es donde nos sentimos menos desamparados (1996: 184).

El barrio en Iquique, era la estructura socializadora por excelencia, después de la familia. El orden barrial era el que además otorgaba identidad y sentido de pertenecer a algo. Las formas de asociación comunitaria encontraban en el barrio su mejor sustento. Sobre esta estructura se edificaron los clubes deportivos y en algunos, los bailes religiosos.

El orden barrial ayudó a construir la identidad cultural iquiqueña, que tuvo su mejor expresión en la afirmación “Iquique, tierra de campeones”. El tema del sentido de la vida, se transmitía a través de estas estructuras intermedias. De padres a hijos, se socializaba la idea de un Iquique creíble y legitimado. El pasado de la ciudad aparecía como una epopeya: desde el combate naval de Iquique al combate de Joe Louis con Arturo Godoy, pasando por la de Estanislao Loayza, la crisis de los 30 y el torneo de pesca y caza submarina, donde Raúl Choque se coronó campeón del mundo. La idea del futuro engarzaba con una prosperidad que se hacía evidente por el auge de las pesqueras.

El barrio desarrolló también conductas desviadas, como por ejemplo, alcoholismo⁽¹⁾. Pero, estas conductas se mantuvieron en control por el peso normativo del barrio y de sus instituciones. Lo mismo sucedió en la década de los setenta con el consumo de marihuana. Ambos fenómenos no lograron traspasar las fronteras que el barrio les impuso. Eran fenómenos asociados a una sub-cultura y no a hechos cotidianos. No derivaron en “epidemia”, por usar una jerga médica.

A ello hay que agregar la politización que vivió el país en la década de los 70 con el gobierno de la Unidad Popular, que realizó la política y sus estructuras: “los partidos”. Los jóvenes de la época vivían el sumo de la participación: el barrio, el club deportivo, los centros de alumnos, los partidos políticos, etc. El golpe de Estado de 1973, produjo un cambio notable en la vida cotidiana del país. El terror se apoderó de las calles y redujo a los individuos a sus casas, encerrados por el toque de queda.

Fusilados y detenidos los dirigentes sociales y políticos, la activa vida de la política hasta ese entonces legítima, se convirtió en sospechosa. Se desconfía de todos. En este contexto, las organizaciones vecinales o deportivas, se convirtieron en posibles focos de resistencia para el poder militar. Se

(1) Ya en el año 1888, el escritor y bombero iquiqueño Filgueira dice de esta ciudad: “... incluyendo también un crecido número de casas de prostitución conocidas con el nombre de chincheles donde la gente trabajadora pierde parte ó el todo de sus jornales adquiridos por medio de un trabajo rudo; tabernas bautizadas aquí con el nombre de salones, quizás para dorar la píldora; y ainda mais que no es aquí del caso referir” (Filgueira; 1888: 11). Y agrega: “Cada mes se beben en Iquique 400 pipas de cervezas, 400 pipas de vino y además 200 pipas de aguardiente, ron y anisado” (Filgueira; 1888: 13).

prohibieron las reuniones y hasta la actividad deportiva, como jugar fútbol o básquetbol, incluso las de los bailes religiosos.

No es difícil imaginarse la vida cotidiana de ese entonces. El vecino o el familiar preso, los “enfrentamientos” que nadie nunca aclaró, los detenidos-desaparecidos, los abusos de poder, crearon un trauma del que aún sus huellas se dejan ver. La política se transformó en una especie de maldición. En este ambiente el poder topoderoso de la televisión manejado por las autoridades militares, ayudaron a desconfiar de todo aquello que oliera a trabajo comunitario, acciones de solidaridad, etc.

En este contexto, es posible entender cómo las estructuras intermedias perdieron su legitimidad y su función dadora de sentido. Los jóvenes de los 80 se criaron bajo la férula de la anti-política y de la cultura de la no-participación. Muchos jóvenes participaron de la política, pero en su aspecto de contra-cultura, en tanto el objeto de su protesta era el autoritarismo. No era un actuar canalizado bajo las formas de partidos ni de otras estructuras legales. El advenimiento de la democracia, dirigida por la Concertación, que impulsó el slogan de “la alegría ya viene”, señala paradójicamente una apatía de los jóvenes con la política, que se hace presente entre otras cosas, en la escasa inscripción en los registros electorales, por ejemplo.

En el caso de Iquique la situación no difiere notablemente de lo que ocurre en el resto del país. A ello habría que agregar que el Golpe de Estado con todo el trauma que provoca -Pisagua como símbolo de la represión y de la muerte- se le agrega el fenómeno de la Zofri, una especie de espejismo que permite olvidar la pesadilla del once (Guerrero; 1989). El fenómeno del mall, que no es sólo económico sino que también cultural, permite rearticular el tejido social destruido por el toque de queda. Las peregrinaciones al mall, pueden ser vistas como formas sustitutivas de un orden social que ya no funciona.

Un elemento adicional, aunque no menos marginal, es el incremento demográfico que experimenta Iquique producto de la atracción que ejerce la Zona Franca y luego el auge del nuevo ciclo minero de la plata (Quebrada Blanca, Cerro Colorado y Doña Inés de Collahuasi). En 1975 de 70.000 habitantes se crece a 130.000 a inicios de los 80. De hecho el fenómeno de la drogadicción puede ser interpretado como producto del quiebre de estas estructuras intermedias (Guerrero; 1998). Esto, en el sentido que los procesos de identidad que generaba el barrio -“Soy del Matadero” por ejemplo, se ha

ido perdiendo. Esta falta de identidad de acuerdo a la tesis que he expuesto en un trabajo anterior ayuda a entender el porqué de la drogadicción (Guerrero; 1998).

Iquique, gracias a la actividad de la Zofri empieza a crecer. Emergen nuevos lugares residenciales. Estos albergan al migrante y expresan una nueva estratificación social. Al sector norte y oriente (Alto Hospicio entre otros) nacen nuevos barrios populares. Por el sur, surgen otros, pero bajo la forma de condominios. A este respecto nos preguntamos qué sucede con estos nuevos barrios sobre todo los populares en su relación con las prácticas religiosas. Esto en el sentido de ver como esas nuevas unidades territoriales producen bailes religiosos y comunidades evangélicas.⁽²⁾

(2) Es el caso de Alto Hospicio que generó su propio baile religioso y más de una decena de comunidades evangélicas. En la ruta para llegar de Iquique a la carretera Panamericana existen 83 animitas. Es decir, una cada 2 kilómetros.

A la vez, Iquique es una ciudad que muestra una vigorosa cultura religiosa. Esta se expresa más allá de sus componentes institucionales: manifestaciones como la quema de Judas en Semana Santa, y de figuras humanas en Año Nuevo, el culto a las animitas - Hermógenes San Martín, la Kenita, etc- las visitas a los cementerios el 1 de noviembre, en Navidad y fin de año, y sobre todo de las peregrinaciones a La Tirana y a San Lorenzo de Tarapacá; por otro lado, se observan un fuerte crecimiento de grupos religiosos como el pentecostal o bien de grupos, en términos generales de clase media, que portan una religión caracterizada por la búsqueda del sí mismo, el equilibrio, etc.

La migración extranjera producto del impacto de la Zona Franca y de la actividad de la gran Minería -Cerro Colorado, Quebrada Blanca y Doña Inés de Collahuasi- ha contribuido a aumentar la diversidad religiosa de la ciudad. En el sector sur los migrantes hindúes han replicado sus lugares de culto y oración; los peruanos celebran desde hace unos diez años atrás al “Señor de los Milagros”; también el fenómeno de las fiestas patronales organizadas y celebradas por agrupaciones como “Hijos de...”, tanto en los pueblos de la cordillera como de la precordillera, con innovaciones rituales de origen urbano. A ello hay que sumar la Mezquita de la calle Pedro Prado, donde los musulmanes, llegados vía Zona Franca, a esta ciudad, desarrollan una intensa vida religiosa.

Todo lo anterior da muestra de una cultura religiosa -o culturas religiosas en plural- que logra convivir en un ambiente de modernidad.

BARRIOS Y RELIGIOSIDAD POPULAR

La estructura territorial de la religiosidad popular la constituye el barrio. Sobre éste se levanta la organización del baile religioso. En la actualidad aún es posible observar la estrecha relación del barrio con el baile religioso e incluso con la actividad productiva que le correspondía. Así en el barrio Matadero, el baile Chino; en Cavancha, y en el Morro, los Morenos. Matarifes, los primeros, pescadores artesanales los segundo. Esta es una relación válida para Iquique sobre todo hasta los años 60.

Las relaciones entre barrio y religiosidad popular son mutuas y están englobadas por el concepto de cultura popular (Dussel; 1992: 31). El concepto de cultura es tanto la totalidad de objetos (cultura material) en el mundo como totalidad de sentidos (cultura espiritual) siendo portada por sujetos (individuales, grupos, clases, bloques sociales, etc), (Dussel; 1992: 32). Por su parte el concepto de cultura popular, incluye a los sectores populares y étnicos que son sujetos de dominación. En un sentido más estricto seguimos la definición del concepto de religión de Geertz, quien dice que es un sistema de símbolos que actúa para establecer en los hombres ánimos y motivaciones potentes, omnipresentes y perdurables mediante la formulación de concepciones de un orden general de la existencia y el otorgamiento de tal aura de facticidad a dichas concepciones que los ánimos y motivaciones parezcan singularmente realistas (Geertz; 1973).

La religiosidad popular está inserta a su vez en la cultura popular. La complejidad del concepto de cultura popular y las sutilezas que ella encierra, no nos debe llevar a pensar que al interior de ésta, no se desarrollan procesos de resistencias y de desarrollo de prácticas relativamente autónomas, o bien de procesos de re-semantización de fenómenos surgidos en otros ambientes o contextos culturales. La misma práctica de la religiosidad popular es un indicador de ello.

La idea que queremos rescatar es pensar a la cultura popular como una práctica donde convergen tradiciones diferentes, sobre todo en lo religioso, y que se expresan en manifestaciones con identidad propia, como son, por ejemplo, las peregrinaciones, el culto a las ánimas, y las actividades religiosas de los evangélicos-pentecostales, entre otros.

En términos generales la vida religiosa del barrio coexiste con la vida deportiva. El club deportivo es el otro sostén de importancia que tiene el barrio.

Entre ambas estructuras hay una relación fluida. A menudo, los dirigentes de los bailes lo son también de los clubes; los bailarines son también deportistas. Esto sucede como dijimos con los peregrinos marianos, aunque no con los evangélicos-pentecostales que, envueltos en su ética social, tienden a concebir estas prácticas como mundanas, que no son del agrado de Dios.

El tema de la cultura religiosa en el norte grande de Chile, hay que considerarlo en su conexión, en tanto herencia, de por lo menos, tres tradiciones religiosas. El catolicismo traído por los conquistadores y colonizadores españoles; la protestante que desde principio de siglo XX, y la pentecostal desde la segunda mitad del siglo pasado, se expanden masivamente, y la herencia andina que le otorga un sello particular a esta manifestación religiosa popular.

BARRIO, RELIGIÓN Y PÉRDIDA DE SENTIDO

Sin embargo, el tema de la falta de sentido no es un atributo de la cultura moderna. Otras épocas han conocido similares fenómenos. Berger y Luckmann parten del supuesto que en la actualidad hay condiciones distintas que hacen posible que se hable de la “crisis de sentido”.

Para estos autores, y desde el punto de vista antropológico, el sentido se construye en la conciencia humana. El sentido no es más que una forma más compleja de conciencia. El sentido es conciencia de que existe una relación entre varias experiencias. Estas experiencias pueden estar en el pasado como también pertenecer a un gran acervo cultural.

El sentido es una experiencia socialmente significativa, mantenida en depósitos históricos de sentido y administrado por instituciones. Este es transmitido vía proceso de socialización y acatado por los miembros de la sociedad. En esta perspectiva hay sentido de la acción, cuando hay una convergencia entre lo que es y lo que se espera. La gente, consciente de sus roles, sabrá cuando éstos en su ejecución se adscriben o no, a la norma. Hay aquí una identidad entre la biografía y los depósitos sociales de sentido.

Según esta postura la crisis de sentido ocurre cuando hay una discrepancia entre lo que “es” y lo que “debiera ser”. Esto en el caso que los miembros de una comunidad acepten el grado de coincidencia de sentido, pero que sean incapaces de lograrlo.

En un plano más general, y más allá del sujeto, importa ver de qué modo la estructura social puede ayudar a provocar crisis de sentido, independientemente de que algún sujeto en particular la sufra. Los autores plantean, al menos en términos ideales, dos tipos de estructuras sociales existentes a lo largo de la historia. Una tiene que ver con aquellas sociedades que poseen una estructura de valores únicos, en la que la crisis de sentido prácticamente no existe. La vida cotidiana así como la vida trascendental parecen estar ligadas por un nexo común. “La reserva total de sentido se almacena y administra en las instituciones sociales (Berger y Luckmann; 1997: 51). Las llamadas sociedades arcaicas o premodernas, son las que se asemejan a este tipo de estructuras sociales donde, repetimos, hay una gran concordancia entre la vida práctica y la vida trascendental. Esta posición, sin embargo, oculta la idea del buen salvaje, donde al parecer, existe ausencia de conflictos.

La otra estructura social es la “propensa a la crisis” (Berger y Luckmann; 1997: 53), en la que la existencia de valores sea por todo compartidos y en la que la congruencia entre la vida práctica y la vida trascendental no se da necesariamente. La religión, administrada por especialistas y que proviene de un pasado común, dota de sentido a los miembros de la sociedad. Pero, en esta época, estas instituciones ya no cumplen esta función de un modo sistemático y vinculante. La religión ya no tiene el peso específico de antes.

Esta situación no necesariamente puede provocar una crisis de sentido, sino que puede llevar a la coexistencia de varios sistemas de valores, lo que da paso al llamado pluralismo moderno.

El pluralismo nos conecta a la idea de la coexistencia de varios sistemas de valores, con la diferencia que en la sociedad moderna es asumido como un “valor ilustrado”, ya que gracias a él, los individuos pueden vivir juntos, aún siendo diferentes. Para Berger y Luckmann esta situación es la que ayuda a provocar, más que ninguna otra, la crisis de sentido (Berger y Luckmann; 1997: 61).

Los autores cuando piensan en sociedades modernas, piensan en los países altamente industrializados. Los individuos crecen y se desarrollan en una sociedad donde no existe un sistema de valores únicos. No existe una realidad única para todos. No existe una realidad idéntica. La pérdida del rol de la religión, como monopolio universal del sentido, y de otras ideologías

seculares como la socialista, por ejemplo, genera una sensación de inseguridad, tanto en la acción individual como en la global.

Pero los autores advierten acerca de la idea de la secularización. Esta no provoca la pérdida de sentido. Para ello dan el ejemplo de la religión en una típica sociedad moderna: los Estados Unidos. En este país, la religión goza de buena salud y eso echa por tierra la tesis de la secularización, como el fin de la religión. En el caso de los países del Tercer Mundo, la presencia del movimiento evangélico es también indicativo de un fenómeno parecido. Los autores sostienen que el tema de la crisis de sentido, tiene más que ver con el tema del pluralismo moderno. La modernización provoca el pluralismo. Y eso hay que rastrearlo en las migraciones, la urbanización, las comunicaciones, por sólo nombrar algunos aspectos. El libre desarrollo de este pluralismo, sin barreras, tal como dicen los autores “provoca crisis estructurales de sentido” (Berger y Luckmann; 1996: 74).

El pluralismo moderno conduce a la relativización total de los sistemas de valores y esquemas de interpretación. Los antiguos sistemas de valores han sido descanonizados. La teoría social, para explicar esta situación, ha elaborado los conceptos de anomia y de alienación, entre otros. Pero, para los autores, esto no desarrolla automáticamente la crisis de sentido. Hace falta, que lo dado, lo socialmente dado, se cuestione. El mundo, la sociedad, la identidad personal son cada día más problematizados. Existe una pluralidad de interpretaciones y ninguna de ellas es la única. Frente a ello, el individuo puede preguntarse si su forma de vida es la más adecuada o no, o bien, si debió haber elegido otro estilo. Ello, obviamente acarrea consecuencias sobre el status ontológico del sujeto. Hay gente que por esto sufre. Sumado a ello, los problemas económicos, el precario acceso a la salud y a la previsión social, los problemas de salud mental, etc, ayudan a configurar un cuadro especialmente crítico, que en el caso del norte grande “empuja” a muchos hombres y mujeres, a buscar en las religiones populares, no sólo un sentido de vida, sino que también respuestas a temas como la salud y el trabajo, entre otros.

Frente a este mar de estilos de vida y de valores, las instituciones juegan un rol de importancia. Dicen los autores: “Las instituciones han sido concebidas para liberar a los individuos de la necesidad de reinventar el mundo y reorientarse diariamente en él” (Berger y Luckmann; 1996: 81). En esta perspectiva, las instituciones regulan y dicen lo que hay que hacer. Así, el individuo no tiene que estar eligiendo constantemente entre las variedades de

alternativas que dispone. Las instituciones ofrecen programas que luego son internalizados por los sujetos. La tecnología y los medios de comunicación de masas, por su parte, constantemente nos instan a elegir entre productos. Y no son sólo productos materiales, sino que también hay una oferta religiosa y existencial.

En la sociedad moderna, dos instituciones han ayudado a transitar desde el camino de la elección a la obligación de escoger: la economía de mercado y la democracia. Para ésta última, elegir es un derecho humano fundamental.

En esta lógica del pluralismo moderno, los autores plantean la idea de instituciones productoras de sentido. Esto es, de instancias como las iglesias, el ejército, los partidos políticos, u otro tipo de redes que otorgan sentido a la vida de las personas.

Pero se presta más atención, ya no a un tipo de instituciones centrales como las Iglesias o el Estado, sino que a las llamadas estructuras intermedias (Berger y Luckmann; 1996: 101). Y se llaman así porque median entre los individuos y los patrones generales de acción.⁽³⁾ En estas instituciones los individuos aparecen creando y recreando el acervo social de sentido. Una comunidad parroquial, una red de terapia o un club deportivo, son tipos de estructuras intermedias. Estas, para los autores, ayudan a “mitigar los efectos negativos de la modernización (alienación y anomia) y pueden ayudar a superar la crisis de sentido” (Berger y Luckmann 1996: 102). Para los autores la existencia de este tipo de estructuras garantiza la no propagación de la crisis de sentido. Esta es su hipótesis.

LA LEGITIMIDAD DE LO RELIGIOSO POPULAR

En estas estructuras intermedias, en el barrio, el club deportivo existió por mucho tiempo, un solo modo de concebir el universo religioso. Y éste, estaba dado, por la mixtura que se produjo entre la tradición andina y la hispana conocida con el nombre de religiosidad popular de tipo católica. Este monopolio de la producción religiosa se dirigía a una clientela cautivada por esa oferta. En el caso del norte grande de Chile, el movimiento de peregrinos, a veces entraba en conflicto con la jerarquía de la Iglesia Católica y en otras en alianzas. Se disputaba la hegemonía del culto, su administración, etc. (Van Kessel; 1989: 216).

(3) En otra publicación la definen como “aquellas instituciones situadas entre el individuo, considerado en su vida privada, y las grandes instituciones de la esfera pública” (Berger y Neuhaus; 1996: 178).

Sin embargo, la cultura religiosa y popular goza de un prestigio y credibilidad que impregnó las prácticas sociales cotidianas. El carácter festivo y lúdico, su profundo sentido de la ética comunitaria, son entre otros valores positivos. Pero también hay otros, no siempre tildados de positivos. Temas como el fatalismo, el determinismo, la complacencia, la alta significación que se le otorga al azar, el machismo, el apoliticismo, el conservadurismo, son entre otros, percibidos como contra-valores.

El Club Deportivo, las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres y otras asociaciones voluntarias ya no convocan a la población como hace unos treinta años atrás. Este quiebre explicaría en parte, la aparición de conductas desviadas, como por ejemplo el consumo de drogas y sobre todo de pasta base de cocaína (Guerrero; 1998). Sin embargo, no ha ocurrido lo mismo con la religiosidad popular. Los bailes religiosos ofrecen un crecimiento sostenido en el tiempo, lo mismo sucede con los grupos evangélicos-pentecostales. ¿A qué se debe este proceso?

Una primera respuesta tiene que ver con el hecho de que estas organizaciones religiosas, ofrecen lo que la sociedad moderna, materialista, ya no oferta: sentido de vida. Esto en el sentido que las actividades cúlteras, han reemplazado o bien han desplazado a los clubes deportivos. Las actividades cúlteras, son en un sentido clásico del término “instituciones sociales totales” ya que dan respuestas a diversos aspectos de la vida de los sujetos. Se puede decir que gran parte de la sociabilidad que se realizaba en los clubes, se realiza, tanto en los bailes religiosos como en los cultos pentecostales.

En el marco de una sociedad donde muchos de los valores que se creían inamovibles ya no lo son, en la que se ha instalado la apatía y en cierta medida la anomia, estas instituciones cúlteras, aparecen como refugios. Hay en los sectores populares una especie de huelga social, tal como la expresará hace 33 años Lalive. Pero, es una huelga social, en el sentido que la política ya no representa un campo de discusión legítimo de intereses, y menos de confrontación.

Por mucho tiempo, ambos tipos de instituciones, y cada una a su modo, satisfacían diversas demandas de sentido, complementarias en muchas de las veces. Aquí es donde la dimensión trascendental de la religión se conjuga con la vida cotidiana. De allí que la religiosidad popular tiene también que ver

con problemas concretos, como la salud y el trabajo por ejemplo, cuando no hay acceso al empleo formal, ni a la vivienda y educación, etc.

EL BARRIO DE CAVANCHA: UN BAILE SIN BARRIO

El barrio de Cavanca ubicado en la península del mismo nombre se caracterizó por la presencia de entidades típicamente barriales, el club deportivo Cavanca fundado el 27 de abril de 1942 y La Sociedad Religiosa Morenos de San Pedro de Cavanca el baile religioso, fundado el 9 de enero de 1947, entre otros. Basados, fuertemente en la pesca artesanal, los cavanchinos desarrollaron una identidad caracterizada por la presencia de ambas estructuras intermedias: el baile y el club deportivo.

Los momentos de intensidad religiosa están dada por el viaje a la fiesta de La Tirana y por la celebración, en junio de cada año, al Patrono de los pescadores San Pedro. La Gruta de Cavanca administrada por los Padres Oblatos es el otro eje importante del barrio.

No obstante, a partir de los años 80, y producto de la privilegiada ubicación de este barrio, el suelo empezó a subir motivado por el boom inmobiliario que Iquique vivió. Paulatinamente, los vecinos, y sea por presión o por decisiones propias, empezaron a vender sus casas. Hoy el barrio, es un sector residencial caracterizado por la presencia de restaurantes y hoteles y torres de departamento con nuevos inquilinos que nada tienen que ver con la tradición cavanchina.

Muchos de los cavanchinos emigraron a otros sectores de la ciudad. La sede del Club Deportivo sigue enclavada en el sector, mientras que la del baile se mudó al sector de la Villa Olímpica⁽⁴⁾ en el año 1972. Este baile, está más asociado a este último sector, aunque como dice el caporal:

Este sector se llama Villa Olímpica. Pero nosotros nos identificamos como cavanchino, de la península, porque de allí son los orígenes del baile. Los pescadores, lo fundaron. Los que estamos viviendo aquí, todos venimos de allá. Dimos paso al progreso, por no decir, a la plata (Rodolfo Rivera, caporal).

(4) La Villa Olímpica está al lado del ex-estadio Municipal, se construyó para albergar a las delegaciones participantes en el Mundial de Pesca y Caza Submarina de septiembre del año 1971.

LA CELEBRACIÓN DE SAN PEDRO

*“Esa llave que tú llevas
te la dio nuestro Señor.
Para que tú abras las puertas
a tus buenos pescadores”*

Cada mes de junio se celebra la fiesta al patrono de los pescadores San Pedro. En el barrio Cavancha al igual que en El Colorado los bailes religiosos acuden a bailar para luego sacarlo en procesión. El baile Moreno de Cavancha es quien desde su fundación ha jugado un rol protagónico en esa festividad. Juan López, cavanchino y músico del baile dice:

Los Morenos son los primeros en hacer la entrada el día 28, pero son los últimos en hacer el alba y la despedida el 29. Los Morenos sacan la imagen del Santo en la procesión y luego en el muelle lo escoltan. También son los encargados de guardar la imagen del santo para esperar la vuelta del año y volver a venerarlo.

La celebración al Santo se hacía normalmente por las calles del barrio. No obstante, el año pasado ocurrió un hecho que habla de los cambios que han ocurrido en ese tradicional sector iquiqueño. El testimonio del caporal del baile Moreno es elocuente.

El año pasado, por ejemplo, en la fiesta de San Pedro, el edificio que está al frente de La Gruta nos tiraba huevos, bolsas de agua. Este año se empezaron a reunir firmas para que la fiesta no se hiciera allí (Rodolfo Rivera, caporal).

La nueva población que habita la Península, asociada por lo general, a los estratos altos de Iquique, frecuentemente venidos de otros lugares, reaccionan de esa manera. Y sucede por lo mismo, que el barrio y sus instituciones desplazada a otros sectores, ya no funcionan. El mismo caporal ante ese hecho manifiesta en relación a la celebración del aniversario del baile: “Entonces para nuestro aniversario, optamos para irlo a celebrar a La Tirana. Allá fue más emotivo” (Rodolfo Rivera, caporal).

Desplazado de sus orígenes barriales, el baile religioso ha sabido enfrentar los nuevos desafíos. Ubicado ahora en un nuevo sector, se siente, sin embargo, ajenos en la celebración a San Pedro en su barrio histórico.

A MODO DE CONCLUSIONES

La idea del barrio como un todo integrado, pero no exentos de conflictos, perduró hasta los años 70 en la ciudad de Iquique. Múltiples factores como ya lo hemos señalado, permiten entender su falta de cohesión.

No obstante lo anterior, el baile religioso, sigue existiendo y aún más, continúa enrolando nuevos miembros. Esto sucede por lo mismo, que es la única estructura intermedia que aún es creíble para hombres y mujeres, y que sigue cumpliendo una función primordial. Esto es, dotar de sentido, entregar explicaciones acerca de este mundo y del otro.

Dentro de esta perspectiva resulta claro porque las otras instituciones como el Club Deportivo o las Juntas de Vecinos, no tienen el respaldo que poseen los bailes religiosos. Sus ofertas de sentido, el deporte vinculado a la “*Tierra de Campeones*” o la política asociada al bien público, no convocan al barrio. Hoy por hoy, éste, parece ser una realidad sólo reducible al baile religioso.

Es por lo tanto en estas estructuras religiosas donde las respuestas acerca de la vida, el sentido de ésta, y la resolución de problemas concretos como la salud, por ejemplo, alcanza en el barrio su mejor caja de resonancia.

BIBLIOGRAFÍA

- Berger y Luckmann. Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. Amorrortu Editores; Buenos Aires, 1997.
- Berger, Peter Neuhaus, Richard John. Potenciar al ciudadano. El Rol de las estructuras intermedias en las políticas públicas. En: Revista de Estudios Públicos, 1997. pp. 175-226.
- Dussel, Enrique. Religiosidad Popular Latinoamericana. En Cristo Crucificado en los pueblos de América Latina. Antología de la religión popular, 1992.
- Guerrero, Bernardo. El Libro de los Campeones. Deporte e Identidad Cultural en Iquique, Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1992.
- Del Chumbeque a la Zofri. La identidad cultural de los iquiqueños. Tomo II. Dirección de Extensión. Ediciones Campvs Universidad Arturo Prat y Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1996.

--- Hasta que el cuerpo aguante. La dinámica socio-cultural del consumo de drogas en Iquique. Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1999.

Geertz, Clifford. Visión del mundo y análisis de símbolos sagrados. Fondo de Cultura Económica FCE; Lima, 1973.

López, Juan. Los Morenos de San Pedro de Cavanca, 9 de enero de 1947- 9 de enero de 1997. Cincuenta Años de Fe y Tradición. La Comunidad y su Historia N° 2. Universidad Arturo Prat; Iquique, 1997.

Kessel, Juan van. Lucero del Desierto. Universidad Libre de Amsterdam y Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1987.